



**ALOCUCION DEL PRESIDENTE
DE LA REPUBLICA ESPAÑOLA**
D. Diego Martinez Barrio
en el XXIX Aniversario del 14 de Abril de 1931

Espanoles :

Republicanos emigrados en Europa, América y Africa :

Demócratas amigos de la República Española :

¿ Quién no se ha visto alguna vez en el ejercicio de sus funciones ante sucesos desagradables y deseado apartarlos de sí como testimonios molestos de jornadas que no debieran haberse producido ? Llegado tal caso ¿ quién no ha experimentado el deseo de cerrar ojos y oídos para excusarse los comentarios ? Entre las servidumbres de los hombres llamados por las circunstancias a representar una causa nacional, figura la del antagonismo que plantea el deber rutinario inclinado a las definiciones tranquilizadoras y estotro deber de rango superior, el deber moral de encararse con las realidades sin disfrazarlas, examinarlas tal como sean y a base de ellas trazar las normas de la acción futura.

Cierto es que las mentiras piadosas sirven de anestésicos y producen un vergonzoso alivio, apetecido habitualmente por los hombres débiles o debilitados, pero luego el descubrimiento de la mentira disipa la fe y pasado el embeleso deja la voluntad vacía de toda sustancia.

Dura es la verdad en la mayoría de las ocasiones, mas desabrida y amarga prefiriérola al tintineo de la mentira. « Con la verdad ni debo ni temo », se decía en otros tiempos. Pues bien, acójome a esa vieja lección y tómolala como punto de partida para lo que diré seguidamente.

El año de 1959 ha sido desolador. La política de los grandes Estados, por acción directa o por inacción maliciosa, se quitó la careta descubriendo sus planes inmediatos con relación a España. Públicamente se encaminaron a incorporar de pleno derecho el régimen franquista en todas las organizaciones internacionales, auxiliarle económicamente con mayor amplitud para que pudiera apuntalar las quiebras de su Hacienda y desentenderse de las reclamaciones de los españoles republicanos, olvidando los servicios que éstos prestaron al integrar los ejércitos contra los de Hitler y Mussolini.

La ausencia de la memoria no es nueva en las relaciones de los Estados y la ingratitud moneda corriente como medio expeditivo de liquidar deudas de honor o de cualquier otra clase, pero cuando a esas faltas se añade la de cometer un formidable error político el daño material aumenta de volumen y la Historia condena a los autores.

Ya algunos historiadores han puesto de relieve las consecuencias de la guerra civil española y proclamado que el desencadenamiento de ésta facilitó los planes del Eje y apresuró la guerra general. Franco, triunfante en España con el apoyo de alemanes e italianos, se convirtió desde el otro lado de los Pirineos en aliado potencial de ellos y por el simple hecho de tener a España entre sus manos redujo la capacidad militar de Francia y la de movimientos de Inglaterra. Sin la victoria franquista, la guerra de 1939 se habría alejado varios años y hasta es posible que no se hubiera producido.

Recientemente las negociaciones para establecer bases militares alemanas en España han puesto de relieve el sentido constante de la política internacional del franquismo y la aversión mal disimulada a Francia. Aversión tradicional encaminada a colocar este país bajo la amenaza de unos Estados — no digo de unos pueblos — enemigos del genio francés, acechando la coyuntura de reducirlo a posición subalterna.

El trágico fracaso de los Gobiernos de Francia y de la Gran Bretaña en 1936, unido al desconocimiento norteamericano de las realidades políticas europeas, ha sido mañosamente desfigurado por los autores y auxiliares de los extravíos de aquella época, acogiendo a la cómoda interpretación de la influencia comunista en España. No la hubo antes de la rebelión militar y si es cierto que los Gobiernos de la República tuvieron que aceptar intervenciones extrañas durante los años de la contienda no lo es menos que se desembarazaron de todas las tutelas en cuanto les fué posible.

El comunismo en España era, y es, un movimiento de reducido volumen y en ciertos períodos, a causa de sus valedores internacionales, tribuna de resonancia que recoge la protesta de la democracia nacional abandonada y traicionada por los Estados democráticos. Con gran habilidad táctica el general Franco situó el problema español cual si hubiera sido una pugna entre comunistas y fascistas y elevó a la categoría de cruzada una escandalosa rebelión de militares descontentos y monárquicos amargados. Pero la mixtificación se ha abierto paso en las conciencias dañadas o contaminadas y tiende a convertirse en axioma para oprobio de la verdad y escarnio de la justicia.

Doloroso resumen, por tanto, el de los acontecimientos del año de 1959 coronado con la visita del Presidente Eisenhower al general Franco. Es de suponer que los servicios norteamericanos habrán informado con exactitud acerca de lo que se ocultaba tras los rostros de la multitud reunida para saludar al primer Mandatario de los Estados Unidos, y si ello ha sido así puede aventurarse el juicio de que el ilustre Comandante en jefe de los Ejércitos Aliados no estará muy satisfecho de haber estrechado unas manos que chorrean sangre de ciudadanos, culpables por el único delito de haber defendido la causa que Norte América, la U.R.S.S., Francia y la Gran Bretaña representaban.

Nuestra orfandad en 1960, la de los republicanos españoles, es completa, salvo las muestras de solidaridad de pueblos como el de Yugoslavia y otros de Europa y América, fieles a una concepción democrática del mundo y, sobre todo, al apoyo de la Nación mexicana, vivo ejemplo de madurez política.

Abandonados tenemos que proseguir nuestra tarea. ¿Cuál? Dudo que podamos ni debemos continuar en actitud vigilante esperando el inevitable reflujo de las mareas y por ello declaro la necesidad de dar un golpe de timón y desde ahora poner la proa hacia rumbos más concretos, aunque parezcan lejanos.

Ante la Cámara de Diputados reunida en la ciudad de México el día 17 de agosto de 1945, tomé posesión del cargo de Presidente inte-

rino de la República, aceptando una obligación que duraría hasta que el país recobrara la libertad. Los años de 1946 y 1947 transcurrieron sin que se produjera el esperado cambio y entonces las ilusiones comenzaron a marchitarse. Fácil fué advertir que la empresa había perdido muchas de sus posibilidades de triunfo a consecuencia singularmente de la desconfianza recíproca de los que durante los últimos años de la guerra combatieron en el mismo campo, más cuidadosos ya de buscar aliados, fuere cual fuese la historia de ellos, que de cumplir las promesas de la Carta del Atlántico.

Entonces los gobiernos de D. Alvaro de Albornoz y D. Félix Gordón Ordás, primero aquél, luego éste, se dedicaron a la llamada y ruda tarea de consolidar la autoridad de la República en exilio ; estrechar los lazos de relación entre los grupos emigrados fieles a las Instituciones, que no eran desgraciadamente todos los que contrajeron tal compromiso en las sesiones de Cortes de 1945, y sostener con decoro la causa de la legitimidad y legalidad republicana. Hicieron eso y han seguido haciendo otras gestiones complementarias. Desplegaron constante actividad en favor de las colonias emigradas y realizaron siempre acto de presencia en los servicios a nuestros compatriotas, sin preguntarles nunca la procedencia o filiación política.

Esa regla de conducta ha tenido la eficacia de conservar al lado de los republicanos españoles, importantes zonas de la opinión extranjera con gran irritación de los servicios diplomáticos franquistas, que en muchos países son simples órganos de relación oficial sin otras consideraciones que las frías del protocolo. Así el solo hecho de vivir y sostener en alto la bandera de la legitimidad republicana honra a la emigración y justifica la obra realizada, aunque el tiempo haya traído amarguras y decepciones.

Desemboca cuanto llevo dicho en esta conclusión : las Instituciones de la República están donde las situó el voto unánime de las Cortes y atentas a las reglas del deber tienen la voluntad resuelta de permanecer hasta la conclusión. Nos consuela en las horas dolorosas actuales sentirnos acompañados de los núcleos fieles a sus promesas y vernos asistidos del concurso de los hombres que creen que la última palabra en las luchas de un tirano contra un pueblo no la dice jamás la tiranía.

Yo no sé cuando terminará la noche sombría que ahora soporta nuestra Patria. Su martirio toma a veces el carácter trágico de las protestas violentas con la secuencia del derramamiento de sangre y de las persecuciones. Los presidios y cárceles vuelven a ocupar las primeras plazas en el arsenal de los remedios que sabe facilitar el régimen. Pero dure lo que dure el calvario estoy seguro que el despertar alejará por muchos años, quizás para siempre, la dominación de nuevos poderes personales.

Mi deseo ferviente es asistir, relevado de todo cargo, a la liberación nacional ; satisfacerlo o no corresponde a la mayor o menor prolongación de mi vida. Más precisamente la limitación natural de ésta y el cumplimiento de un deber primordial impone disipar toda clase de dudas respecto a lo que se puede esperar de mí. Las Instituciones que representan la República son el símbolo de la legitimidad de nuestro régimen y tienen como Carta de derecho la Constitución de 1931 sin otras restricciones que las impuestas por el transcurso del tiempo y la evidente imposibilidad de cumplir algunos de sus preceptos. Pero tres de ellos viven por encima de estas contingencias : la organización del Estado y sus poderes ; los derechos políticos y sociales de los ciudadanos y la posición española en la vida internacional. Quienes sientan la menor vacilación acerca de la defensa y respeto de tales preceptos pueden y deben buscar acomodo lejos de nosotros. Al lado de las Instituciones de la República carecen de plaza. Los leales a medias son más dañosos que los desleales de la cabeza a los pies.

No deshaucio, diciendo lo que digo, ninguna hipótesis de acuerdos circunstanciales con otros elementos enemigos de la dictadura del general Franco. Reduzco mis afirmaciones al señalamiento de unos límites invadables entre los partidarios de la República y los grupos accidentalistas, dignos de respeto, a los cuales sólo podemos ofrecer la promesa, que en nuestros labios es palabra jurada, de acatar lo que el país diga cuando sea consultado.

Preséntase, pues, ante la vista un amplio camino a recorrer en el año de 1960 : reajustar las filas, reforzar y ampliar los cuadros directores ; abrir brecha en el muro de la indiferencia internacional y levantar los ánimos de la oposición en el interior.

Demócratas amigos de la República Española :

Republicanos emigrados en Europa, América y Africa :

Españoles : *

Unas mismas palabras de orden nos unen : la devoción a la libertad y la solidaridad democrática. Todos nuestros esfuerzos se encaminan a construir una España mejor, la España que pudo ser y quedó frustrada después del 14 de Abril. Los heraldos de esa España, amordazados temporalmente dentro del territorio nacional o peregrinos por los caminos del mundo, tienen la pujanza de siempre y bastará que tome cuerpo la solidaridad de los pueblos para que sobre la vieja tierra española sople de nuevo el viento de la libertad.

En el exilio, Abril de 1960

DIEGO MARTINEZ BARRIO